



Johnny Owen, el muchacho que aparece en la foto, era importante para mí en ese entonces porque, a diferencia de los demás, quienes fingíamos que lo que hacíamos no nos importaba un carajo, a él en realidad no le importaba un carajo

Johnny Owen y el fuego

un texto de **daniel alarcón**

traducción de **jorge cornejo calle**

La juventud —la inocente e incorruptible juventud— tiene que ver con extraer enseñanzas de los grandes errores. O grandes errores de las enseñanzas. En cualquier caso, el verano que siguió a nuestra graduación de la secundaria lo dedicamos por completo a la práctica de la insensatez, esa magnífica tradición del sur de los Estados Unidos consagrada a perder el tiempo. El día en el que se tomó esta fotografía, uno de mis amigos tenía una cámara de video, y eso por sí solo era motivo de animación. Es indudable que hubo drogas de por medio cuando decidimos construir una efigie usando un viejo estuche de guitarra, una máscara de hockey, un par de pantalones y una camiseta en descomposición que encontramos en una esquina del húmedo sótano de Johnny Owen. Subimos a la cima de una colina, al estacionamiento de una iglesia, filmando todo y comentando lo que habíamos planeado hacer. Si alguien nos preguntaba, diríamos que éramos estudiantes de cine. Pero era verano y hacía un calor abrasador, así que nadie nos preguntó nada. No tiene sentido tratar de explicar cuál era la lógica detrás de este empeño, porque no había ninguna: por qué construimos un hombre sólo para quemarlo, por qué encendimos los fósforos y nos deleitamos con las llamas, por qué empujamos un carrito de supermercado robado cuesta abajo, y filmamos todo para la posteridad —todo es tan misterioso como placentero—. Acabó en cuestión de segundos. El humo se extendió sobre la carretera, haciendo lento el tráfico. Observamos cómo los automóviles que pasaban encendían sus luces, y sentimos un orgullo inmenso.

Johnny Owen, el muchacho que aparece en la foto, era importante para mí en ese entonces porque, a diferencia de los demás, quienes fingíamos que lo que hacíamos no nos importaba un carajo, a él *en realidad* no le importaba un carajo. Había celebrado su graduación de la secundaria emborrachándose y colocándose una cadena con candado alrededor del cuello, el accesorio perfecto para su imagen de *skater punk*. Lo habían arrestado una vez y esa experiencia lo había llenado de energía. Perseguía con entusiasmo a chicas a las que el resto de nosotros consideraba feas. Yo admiraba su falta de ambición. Johnny Owen era un *skater* aceptable, baterista de una banda mediocre y un conversador lacónico que protegía su reticencia con grandes nubes de humo de marihuana. Ese día, cuando el carrito de supermercado se detuvo al pie de la colina, sacó sus cigarrillos y se arrastró sobre su estómago hacia las llamas. No recuerdo haber tomado esta fotografía, pero aquí está: el video se ha perdido, por supuesto, y esta imagen es todo lo que queda para recordar aquella tarde de verano de mucho tiempo atrás.

En octubre del 2005 vi a Johnny Owen después de unos seis o siete años. Sólo había escuchado detalles sueltos de su vida: que se había mudado a Los Angeles, que había vivido en Boston, que había completado un año de universidad pero que la había abandonado; que había una chica, drogas, un callejón sin salida. Cuando me encontré con él, trabajaba en una bodega en el barrio de mi madre, y vivía con sus padres. Aún llevaba la cadena con candado alrededor del cuello. No tuvimos mucho tema de conversación, pero quizá siempre fue así. «Todavía llevas ese candado», le dije. Él sonrió y le dio unos golpecitos con el dedo índice. «Se me perdió la llave», respondió. ●